Antonio Zelaya

Poema por Manuel Segura M.

Fuiste como un gran árbol de tronco recio y duro
en cuya fronda había tempestades de viento
o trinos en el alba de melodioso acento
o luciérnagas de oro que ardían en lo oscuro.

En ti descargó el rayo sus fuerzas al conjuro
de los dioses adversos; pero en ningún momento
te doblegó... Tenías, contra el afán violento,
entre las hojas siempre algún fruto maduro.

Si fuiste en tu destino la rama que fustiga,
calladamente diste también la sombra amiga,
(tu fronda en vida tuvo forma de corazón.)

Por eso, hacia el incierto misterio, ya partido,
dejas como en el bosque el árbol que ha caído,
un gran silencio de oro que cuaja en luz el sol.

Resurrección

Mis ojos que han mirado las rosas y los prados,
cuando la muerte llegue se quedarán cerrados,
mis labios que hoy se abren alegres y sonrientes,
al sentir su contacto se quedarán silentes,
mis manos, estas manos de rasgos delicados
serán sólo un conjunto de huesos descarnados,
y mis dedos que ágiles hoy manejan la pluma,
se irán desmoronando cual si fueran de espuma,
Mas cuando terminada la labor de la muerte
no quede de mi cuerpo más que una masa inerte
y mi carne se cubra de ese opaco amarillo
de los mármoles viejos que han perdido su brillo,
cuando el último aliento de mi vida concluya,
es entonces que el alma cantará su aleluya
pues oirá claramente que la voz que le manda
le dirá como a Lázaro: "¡levántate y anda!"
y la pobre cautiva del cuerpo redimida